

## DE- Y RE- CONSTRUCCIÓN DEL YO FEMENINO EN TRES AUTORAS HISPANOAMERICANAS

Mariola PIETRAK

*(Universidad Maria Curie Sklodowska de Lublin)*

**Palabras clave:** modernidad tardía, identidad femenina, Traba, Belli, Gumucio.

**Resumen:** El presente artículo se propone analizar los cambios en la subjetividad femenina en el marco de los procesos de la llamada modernidad tardía de acuerdo con las teorías de Giddens y Bauman. Se presta especial atención al momento de la deconstrucción y reconstrucción del yo femenino visible en las novelas de autoras hispanoamericanas selectas, así como al lugar de las nuevas subjetividades en el orden social actual.

**Mots-clés:** modernité tardive, identité féminine, Traba, Belli, Gumucio

**Résumé :** Cet article tente d'analyser les changements dans la subjectivité féminine dans les processus de la modernité tardive par rapport aux théories de Giddens et Bauman. Une attention particulière est accordée au moment de la déconstruction et de la reconstruction de l'identité féminine visible dans les romans de certaines écrivaines hispano-américaines, ainsi qu'à la place des nouvelles subjectivités dans l'ordre social actuel.

**Keywords:** late modernity, female identity, Traba, Belli, Gumucio.

**Abstract:** This paper attempts to analyze the changes in female subjectivity within processes called late modernity, according to the theories of Giddens and Bauman.

Special attention is paid to the moment of deconstruction and reconstruction of the female identity visible in the novels of selected Spanish American women writers, as well as to the place of new subjectivities in the current social order.

Los últimos decenios del milenio anterior pertenecieron al caluroso debate acerca de la globalización y la posmodernidad. Al contrario de lo que sostenía el pionero en este campo, J. F. Lyotard (1979), U. Beck (1986) o A. Giddens, entre otros, coinciden en señalar que más que de la superación de una época –en cuyo caso sería legítimo el uso del «pos»–, se trata de la transición a una segunda fase de la misma época. El paso se produce como consecuencia de la naturaleza dinámica y reflexiva de la modernidad y su trascendencia reside en el cambio radical que el individuo sufre en la percepción del mundo y de sí mismo. Ello incide necesariamente en la identidad del yo que, despojado de los puntos de referencia tradicionales y sujeto a los cambios constantes, se convierte en un proyecto reflejo, constructo líquido, frágil, fragmentado y dependiente de los sistemas expertos. Los cambios son irreversibles y calan en profundidad todos los aspectos de la vida humana.

Ciertamente la sociedad moderna ha expuesto a riesgos notables la identidad del individuo al confiarle la responsabilidad por «hacerse» él mismo todos los días; pero, al liberarse de las formas identitarias prefijadas, también dio cabida a la diversidad y la visibilidad de identidades hasta ahora marginadas, periféricas. Efectivamente, a finales de los años 70 la literatura hispanoamericana se pobló de repente de personajes variopintos, inusuales en las épocas anteriores. La omnipresente figura de la manceba, la esencia de la otredad y el objeto de fascinación en los autores hispanoamericanos de todos los tiempos (Fanjul, 2012), o el lumpen de las urbes hispanoamericanas en vías de industrialización (al estilo de Roberto Arlt), dejan

terreno a las identidades construidas en la intersección de diversas circunstancias vitales (económicas, políticas), orientaciones sexuales, colores de piel, sexo, confesión, etcétera.

En las páginas que siguen me propongo analizar los procesos descritos extrapolándolos a las mujeres, el grupo más importante de estos colectivos heterogéneos emergentes en cuanto a la representatividad e influencia, no sólo en el caso de Hispanoamérica. Me interesará en especial el momento y la circunstancia de la puesta en marcha de estos mecanismos de la constante revisión de las identidades (o de su «liquidación», en terminología de Bauman), así como la radicación de las mismas en las estructuras sociales, su adopción en las nuevas configuraciones de las sociedades hispanoamericanas de la modernidad reciente. Para ello recurriré a novelas de dos polos opuestos del continente, una de la argentina, M. Traba, y otra de la nicaragüense, G. Belli. Para la consecución del segundo hito me servirá de la novela *Once mil vírgenes* de la chilena M. Gumucio, si bien podrían valer muchas otras novelas. La distancia geográfica y temporal entre las obras del corpus exige unas consideraciones previas.

## **CONSIDERACIONES PREVIAS: BASES PARA UN DISCURSO UNITARIO**

Si bien estoy muy lejos de tratar el continente hispanoamericano como una gran unidad cultural y política, sí he de señalar ciertas condiciones que fundamentan un discurso unitario, sobre todo en lo que a la producción literaria de las mujeres se refiere. De entre éstas, hay que enumerar tres en particular que, por otra parte, constituyen los pilares de la historia de la cultura femenina en Hispanoamérica: la condición colonial de los estados hispanoamericanos y la cuestión de la identidad, el paso a la modernidad reciente vía

extrema militarización y, finalmente, el movimiento feminista con su inquietud por el yo femenino.

El tema de la identidad en las sociedades hispanoamericanas es un tema complejo. El pasado colonial, que más tarde pasaría a neocolonial con todas las consecuencias, lo vuelve comparable a un paseo por extensas arenas movedizas. Desde el Inca Garcilaso de la Vega, llamado el primer mestizo biológico y espiritual de América, la pregunta *¿quiénes somos?* acompañó a todo esfuerzo intelectual de las élites criollas. Con el advenimiento de los estados independientes en el siglo XIX, tuvo que pasar necesariamente al centro de la acción formando parte de todo proyecto del desarrollo nacional. El modelo del Estado-nación importado desde la metrópoli exigía de una identidad nacional fuerte y compacta frente a múltiples problemas internos con los que tenía que lidiar cada país. La disgregación territorial, cultural y política que fomentaba el caudillismo y el clientelismo político, asemejaba los nuevos estados más a un mosaico de grupos yuxtapuestos, administrados por caciques, que a naciones al moderno estilo europeo con sólidos proyectos burgueses (Pfoh, 2005). Las incesantes guerras civiles entre conservadores y liberales, las guerras fronterizas y la siempre presente amenaza imperialista europea y la estadounidense, volvían más urgente todavía la necesidad de convertir la forma jurídica en una realidad tangible.

Desde la ciudad letrada se fueron elaborando proyectos nacionales que, como el de D. F. Sarmiento, se intentaron imponer por vía democrática. Otros se fueron implementando mediante dictaduras de un general de Rosas o de un Porfirio Díaz bajo el lema «Orden y Progreso» (*cf.* Pérez Rivera, 2007). Fuese como fuera el proyecto, fue exclusivo de las élites criollas por las que y para las que había sido creado, y excluyente, por tanto, de cualesquiera otras identidades que no cumplieran la norma de hombre blanco, católico y heterosexual. Revelador en este punto resulta el ejemplo del proyecto identitario

argentino que, ineludiblemente, evoca las campañas llevadas al cabo por el general Roca entre 1878 y 1879, conocidas como «la guerra del desierto» o el «blanqueamiento». Las limpiezas étnicas de las extensas zonas indígenas pampeanas junto con la invisibilización de la población negra constituyen un elemento clave de la identidad argentina ideada como «nación de raza blanca y de cultura europea»<sup>1</sup>. Tal construcción ideológica, de todo punto artificial, se integraría como un lastre en la cultura argentina incidiendo en una tradición de bipolaridades en posturas intelectuales y políticas (representadas simbólicamente por la disyuntiva de los grupos Boedo y Florida).

El discurso identitario no perdió actualidad en ningún momento de la historia de Hispanoamérica, si bien cierto es que sólo a finales del siglo XX recobró vigencia comparable o incluso superior al período de la formación de los Estados naciones. Es cuando al discurso tradicional se unen también las mujeres, en cuya producción la cuestión identitaria adopta dimensiones casi obsesivas. Se hace necesario apostillar de inmediato que el interés femenino por la identidad no es ni repentino, ni se debe al auge del pensamiento feminista de los 60 y 70, aunque en gran medida esté moldeado por él. Pese a constituir la mitad de la población, las mujeres representaban otro de los colectivos con acceso muy restringido a los proyectos nacionales. Aún así muchas de ellas intentaron participar de la construcción de la identidad de sus respectivos países aprovechando los aires reformistas y modernizadores del positivismo.

---

<sup>1</sup> El mismo Sarmiento descartaba a la población autóctona como la base para un desarrollo civilizatorio apostando por la emigración de los países industrializados, si bien se sabe que los recién llegados pocas veces venían de estamentos progresistas de estas sociedades, sino más bien del margen social (ladrones, etc.) (Pérez Rivera, 2007: 22-23).

Algunas con relativo éxito. Las propuestas de C. Matto de Turner, por ejemplo, fueron escuchadas y reconocidas por el presidente del Perú y su gran amigo, Andrés A. Cáceres, asegurándole un lugar afianzado entre los «padres» de la nación peruana: R. Palma y M. González Prada, el mentor de la autora.

Todo aporte femenino, sin embargo, venía a reforzar el ideal identitario trazado. Incluso aquellos intentos de incluir al indio en el ente nacional terminaban asentando los modelos hegemónicos ya que perpetuaban la visión estereotipada de «buen salvaje» al margen de la sociedad civilizada y a merced de ella (o de mujeres como «hada del hogar», la transmisora de los valores culturales). En *Aves sin nido* (1889) (al igual que en *Índole* y *Herencia* de 1891 y 1893 respectivamente) de la autora mencionada, se aprecia claramente su afán de «asimilar dentro del espacio criollo al pueblo indígena». Tal proceso iba a efectuarse mediante la educación, sin embargo sería «una educación aculturadora, explícitamente destinada a borrar los rasgos de su otredad», que procurase el mayor nivel posible de homogeneidad en el cuerpo de la nación (Cornejo Polar, 1994: XXIV)<sup>2</sup>.

Una de las primeras pruebas realmente logradas pertenecen a R. Castellanos, escritora mexicana comprometida profundamente con todo ser marginado, entre otras cosas por su propia experiencia

---

<sup>2</sup> En este sentido Cornejo Polar (1994: XX) llama la atención sobre el hecho de que «la salvación del indio depende de su conversión en otro, en criollo, con la consiguiente asimilación de valores y usos diferenciados; y depende también, como es claro, de la generosidad de quienes hacen posible esta metamorfosis étnico-social». Ello se ve claramente en la adopción del apellido Marín por las muchachas Yupanqui, su adaptación íntegra en las élites cuzqueñas sin distinción alguna, el «blanqueamiento» metafórico del más importante de los personajes, Margarita, el personaje que aparece en la continuación de la novela.

vital<sup>3</sup>. El conjunto de su obra formula un proyecto novedoso e íntegro del ser mexicano que pone en evidencia sus fallas y exige su complementación con identidades ausentes de las mujeres y los indígenas. Sin embargo, su voz no consigue trascender hasta después de su trágica muerte en 1974 siquiera en sus círculos más próximos<sup>4</sup>. Tampoco el momento era el adecuado: resonaba todavía con gran eco el *boom* de la nueva novela hispanoamericana disolviendo en su éxito toda expresión de la otredad. Mientras en los países angloamericanos o Francia una nueva ola de feminismo traía aires de revolución identitaria, las élites hispanoamericanas continuaban con su discurso «primermundista», europeizante y monolítico.

La institucionalización del testimonio por la habanera Casa de las Américas en 1970 hay que entenderla sin duda como una importante fisura en las herméticas murallas de la ciudad letrada, manifestación directa de su decadencia y, según declararí­a en 2003 Jean Franco, definitiva caída. En lo profundo de esa victoria laten, sin embargo, pulsaciones de conflictos residuales, persistentes en distintos grados y distintas intensidades, en las sociedades hispanoamericanas. Lo

---

<sup>3</sup> Siempre la aquejó el sentimiento de inferioridad respecto a su hermano Mario Benjamín, muerto de apendicitis a los 7 años, que le infundió su madre convirtiéndola en la primera feminista oficial de México a la edad de 25 años con su tesis de Maestría *Sobre cultura femenina* (1950). Su compromiso con lo indígena se gesta durante su larga estancia en Comitán, extremo sureño del país con dos mundos en pugna: el blanco terrateniente y el indígena explotado y ávido de venganza y queda plasmado en toda su obra, especialmente *Balún Canán* (1957).

<sup>4</sup> Varios amigos suyos lo reconocieron abiertamente: «Cuando se releen sus libros se verá que nadie en este país tuvo, en su momento, una conciencia tan clara de lo que significa la doble condición de mujer y de mexicana, ni hizo de esta conciencia la materia de su obra, la línea central de su trabajo. Naturalmente, no supimos leerla» (J. E. Pacheco, en Scout, 1992: 285).

muestran, curiosamente, aquellos testimonios mediatizados por las mujeres muy a pesar del triunfo de este género precisamente entre el colectivo femenino. El cualitativo de «solidario» que suele acompañar este género lo ponen en entredicho las mismas «subalternas»:

[Domitila Barrios dirigiéndose a Betty Friedan y a las mujeres de la clase media durante los actos de conmemoración del Año de la Mujer organizados por las Naciones Unidas en la Ciudad de México en 1975:] «¿Tengo yo algo semejante a su situación de usted? Entonces, ¿de qué igualdad vamos a hablar entre nosotras? ¿Si usted y yo no nos parecemos, si usted y yo somos tan diferentes? Nosotras no podemos, en este momento, ser iguales, aun como mujeres...» (Viezza, 1974: 225).

[Rigoberta Menchú:] «Lo que los latinoamericanos nos hemos negado siempre a aceptar: que si bien estamos siempre dispuestos a denunciar las relaciones de desigualdad que Norteamérica mantiene con nosotros, nunca se nos ha ocurrido reconocer que también nosotros somos opresores, y que mantenemos relaciones que fácilmente pueden calificarse de coloniales. [...] Existe, sobre todo en los países con fuerte población india, un colonialismo interno que se ejerce en detrimento de las poblaciones autóctonas.» (Burgos, 1995: 10) <sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> En los años posteriores se mantendrá en los círculos feministas hispanoamericanos esta posición de resistencia hacia el feminismo norteamericano de mujeres blancas y de clase media (como el representado por Friedan) considerado elitista y homogeneizante y se empeñará en resaltar los rasgos socio-culturales del feminismo latinoamericano. Medeiros-Lichem (2006: 47-88) se fija en ciertas coincidencias del feminismo latinoamericano con el black feminism o feminismo negro.

También Franco (1996: 112-113) advierte que, paradójicamente, al «hablar como mujer en una sociedad pluralista» mediante un género considerado femenino (porque permite hablar a las mujeres), las agentes intelectuales corren múltiples riesgos. El mayor de ellos es «llegar a reinstituír, de manera engañosa, la misma relación de privilegio que ha separado a la intelectualidad de las clases subalternas».

Lo dicho permite ver en todo su esplendor y amplitud la complejidad del tejido social de los países hispanoamericanos atravesados por las relaciones de dependencia pos/neo/colonial y sexo/género. Exhibe además el rotundo fracaso de los proyectos de identidad nacional de todo punto elitarios y obviamente ineficientes en sociedades de raíz heterogénea. El rol del testimonio en esta crisis identitaria no trasciende, sin embargo, el límite de un mero síntoma (uno de los muchos). Es, en realidad, expresión local de procesos de globalización y modernidad reciente mencionados al principio, que se venían desarrollando a escala global y que, en el caso de Hispanoamérica, tomaron forma drástica. Debido a su condición de subdesarrollo, las cuatro dimensiones institucionales de la modernidad, señaladas por Giddens (1994), adoptaron una configuración distinta a la de los países desarrollados. La epocal transición de las economías nacionales autosuficientes (Estado nacional) al mercado capitalista mundial (Estado «mundial») se efectuó bajo la extrema vigilancia y control de poder militar en un indiscutible clima de neocolonialismo norteamericano. La sumisión de los países débilmente desarrollados a las grandes potencias imperialistas expuso a todos los países hispanoamericanos a ser disputados entre los Estados Unidos y la Unión Soviética convirtiéndolos en el territorio físico de una guerra de tensiones: la Guerra Fría.

A juzgar por la vehemencia de los procesos en los países del Primer Mundo y el calor de los cambios tecnológicos y sociales inspirados por éstos en la misma Hispanoamérica, la modificación

de la cosmovisión humana y el reordenamiento social, propios de los tiempos posmodernos, se habrían consumado también en el continente independientemente de los procesos políticos acaecidos<sup>6</sup>. Sin embargo, ninguna duda cabe de que la extrema militarización de la cotidianeidad potenció hasta el máximo la escisión entre el viejo orden cultural y el nuevo. La sucesión de las dictaduras, la movilización social (como por ejemplo las Madres de Plaza de Mayo) a menudo militar (agrupamientos guerrilleros) y la mayor en la historia del continente diáspora tuvieron que hacer, necesariamente, que el paso de la modernidad dura a la reciente tomara un curso mucho más brusco y rotundo que en la parte occidental del mundo. Lo genuino de estas catástrofes identitarias y su obligada reconstrucción es que raras veces separan lo individual de lo político; al contrario, ambos ámbitos se superponen y se complementan. También que su reconstrucción se efectúa entre los escombros de los patrones identitarios tradicionales de masculinidad y femineidad (y su secular dualidad) con los ojos fijos en la circunstancia propia del continente: la raza y la marginalidad<sup>7</sup>.

La transparencia, el dinamismo y la máxima reflexividad de estos procesos identitarios despertaron un vivo interés entre los círculos

---

<sup>6</sup> Por las circunstancias descritas y sobre todo por la proximidad geográfica y política con los EE.UU. (y su capitalismo agresivo y bélico) el curso de estos procesos tuvo que empezar relativamente pronto aunque de forma muy dispar en todo el territorio. Existen nociones que hacen ubicar el comienzo de la globalización (era de la información) en la tragedia del pueblo colombiano Armero (Tolima) de 1985. La noticia de la agonía de Omayra Sánchez, una de las 26 mil víctimas del volcán Nevado de Ruiz, fue retransmitida y seguida en directo por todo el mundo.

<sup>7</sup> La raza y la clase entran en el concepto de la «doble negatividad», mencionado a propósito de Castellanos, la primera en teorizar sobre la doble discriminación de la mujer latinoamericana, y acuñado por Castro-Klarén (1984).

feministas estadounidenses, los primeros en detectar el fenómeno. Sin duda ofrecían una alternativa fresca y enriquecedora a los proyectos angloamericanos y franceses, al igual que lo pudieran hacer el *black feminism* o el feminismo chicano con el que mostraban ciertas coincidencias temáticas (Medeiros-Lichem, 2006: 54). Las exploraciones discursivas de las escritoras y los escritores bajo los regímenes dictatoriales, de estrategias casi barrocas con sus silencios, sus blancos textuales, significados redimensionados, niveles secretos de discurso, una apropiación sobreacentuada de espacios tradicionalmente femeninos, prometen nuevos territorios posibles para la escritura femenina. Los aportes fluyen naturalmente en sentido bidireccional. No sólo porque los discursos de feminismos «occidentales» fueran (como lo siguen siendo) teorías hegemónicas y de referencia para las ciencias sociales como esos proyectos de futuros posibles y vehículos para su realización vislumbrados por Giddens (1994: 151). También porque son las universidades norteamericanas los grandes núcleos de desarrollo profesional de las intelectuales hispanoamericanas emigradas de diversas partes del continente (L. Valenzuela, L. Guerra, S. Castro-Klarén, S. Molloy, etc.) y editores de las más destacadas publicaciones en el campo de la crítica latinoamericana, como *Revista Iberoamericana* o *Hispanamérica*, muy por delante de México, Argentina o Chile con mucho menos potencial de comercialización y distribución (Medeiros-Lichem, 2006: 82). Un intercambio vital para la construcción de una tradición feminista latinoamericana que, sin embargo, pronto suscitó polémica acerca de los posibles riesgos de una adopción indiscriminada de las teorías eurocéntricas dominantes a la realidad del continente<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> La más contundente en este aspecto fue Gayatri Spivak al decir: «la teoría y práctica feminista deben considerar la posibilidad de que, como en cualquier otra

## **EL YO FEMENINO ANTE EL PODER MILITAR: IRENE Y LA MUJER MODERNA (ARGENTINA 1981)**

Una de las primeras autoras puestas en el punto de mira fue la argentino-colombiana, Marta Traba, tras la publicación de su novela, escrita en agosto de 1978 en Barcelona, *Conversación al sur* (1981). El libro tuvo una excelente acogida especialmente en Inglaterra y los Estados Unidos, país al que le unían cortas estancias junto con Ángel Rama, su marido, trabajo en varias universidades y una relación conflictiva debido a sus simpatías izquierdistas y declarado antiimperialismo<sup>9</sup>. Desde el momento de su aparición en 1981 por Siglo XXI Editores de México, fluyeron reseñas, estudios, entrevistas y más invitaciones a conferencias y charlas, todas en torno a la literatura femenina/feminista, hasta sumar catorce universidades, entre ellas Harvard y Princeton<sup>10</sup>. Quizás la más importante fuese la invitación

---

práctica discursiva, éstas estén marcadas y constituidas por su entorno productivo» (en Medeiros-Lichem, 2006: 78). La cautela en la aplicación de las fórmulas occidentales a la escritura femenina y las pautas de la misma en América Latina constituían los pilares del pensamiento feminista del continente en su etapa inicial (cfr. Medeiros-Lichem, 2006: 47-88).

<sup>9</sup> Marta Traba toda su vida se declaró prosélito de socialismo si bien tuvo un periodo de distanciamiento tras la afiliación de Cuba castrista a los soviéticos. Estas simpatías la costaron denegación de permiso de residencia en los Estados Unidos donde, al igual que su marido, fue considerada «subversiva comunista». Profesó también declarado antiimperialismo estadounidense, sobre todo cultural, lo cual constituyó el lema de su actividad profesional. En el campo de crítica de arte desarrolló el concepto de «arte de resistencia» para enfrentarse a la invasión del paradigma artístico del Norte. Lo único que la reconciliaba con este país fueron sus bibliotecas: «Nosotros amamos no a los Estados Unidos así como Estados Unidos, amamos sus buenas bibliotecas» (Poniatowska, 1985: 893).

<sup>10</sup> Enseguida surgieron traducciones a varios idiomas, no solo inglés: «Conversación al sur ha hecho, increíblemente, una carrera sorprendente. La están traduciendo

al encuentro de 1983 en Amherst College en Massachussets, en el que pronunció su famosa «Hipótesis de una escritura diferente», un hito en la crítica latinoamericanista de la literatura de mujeres, recogida después en las actas de la conferencia con el título *La sartén por el mango* (edición de P. E. González y E. Ortega, 1984).

Se ha propuesto la lectura de este relato desde diversos enfoques, principalmente desde la vertiente de la novela de la dictadura, de los oprimidos, de la memoria, de cuerpo (aproximación foucaultiana), de género. Tampoco faltó perspectiva de los procesos de la modernidad, como el trabajo de Pizarro y otros trabajos incluidos en la compilación *Las grietas del proceso civilizatorio* de 2002, si bien se centran en la actitud modernizadora (transgresora) de Traba como crítica de arte en los años anteriores a la novela en cuestión. Lo común para todas las lecturas es que subrayan el cambio de la sensibilidad social y de la subjetividad femenina mostrando a esta escritora como una perspicaz observadora de su tiempo que supo detectar, como una de las primeras, las más profundas pulsaciones de las sociedades conosureñas.

En efecto, *Conversación al sur* se puede y debe leer como un punto de partida para nuevos proyectos identitarios, inauguración del bucle posmoderno de constante definición y redefinición del individuo. Señala con precisión el momento en que el constructo mujer del orden tradicional se diluye bajo la omnipresente vigilancia y miedo inoculado por el poder militar dejando espacio a la emergencia de individuos nuevos, identidades que se forman, se observan, se aprenden. La conversación que está en la base de la novela, precisamente, como una peculiar *Bildungsroman* o una sesión psicoterapéutica,

---

al sueco, al noruego y al danés [...]; pero por sobre estos hechos inesperados, lo mejor para mí ha sido la respuesta de la gente» (en: Verlichak, 2001: 279).

constituye ese instrumento a través del cual ambas protagonistas desarrollan un proceso de auto-conocimiento en el que «cada una sirve de catalizador a la otra» (Picon Garfield, 1992: 261). En este sentido, resulta fundamental el personaje de Irene, la mayor de las protagonistas, aunque no cabe duda de que sin Dolores la novela no sería posible. Sin embargo, de entrada queda claro que el rol que tiene previsto Traba para la joven militante es el del desencadenante de los hechos y para la mujer mayor el de la representante de la sociedad. Difiere también el punto del que parten sus respectivos procesos de auto-definición: mientras la mutilada identidad de la primera busca recuperar confianza para poder reconciliarse con el mundo, la otra se embarca de pleno en la tarea de detectar el cambio, comprender y reconstruir su identidad de acuerdo con la circunstancia cambiante e incierta.

El punto de inflexión en el proyecto identitario de Irene se establece en su primer contacto con las nuevas autoridades en Montevideo, si bien en un principio no parece tener más efecto en ella que una incómoda sensación de error que de ahí en adelante acompañaría a sus mejores triunfos personales. El choque con la nueva realidad hace tambalear sus convicciones mostrándola, según la atinada observación de Lagos, como

una mujer en la encrucijada, entre el mundo en el que sabía cómo ejercer dominio y un mundo que está cambiando radicalmente, tanto en relación a los derechos del ciudadano bajo un gobierno autoritario, como en cuanto a la posición de la mujer en la sociedad (2002: 61).

La tarde con Dolores –la presencia tangible del pasado– terminará de derribar su proyecto, un yo que ella creía íntegro y que, sin embargo, había venido resquebrajándose hasta resultar completamente

obsoleto: «yo que me había negado a subir a esa patética balsa de sobrevivientes, ¿qué hacía ahora sino tratar de treparme?» (Traba, 1999: 45).

Traba insiste en dibujar a personaje de Irene como una mujer que había luchado mucho por ganarse el terreno en una sociedad burguesa al viejo estilo que no admite perdedores. La procedencia de familia pobre del porteño barrio sur funciona aquí como el impulso para convertirse en una mujer de éxito que sabe bien lo que quiere. Con mucha determinación va consiguiendo los siguientes escalones del plan que se había trazado para hacerse su sitio entre los ricos, un sueño que también habían compartido sus padres que, pobres inquilinos de «conventillos» bonaerenses, «comían nenúfares en sueños». «No criaron cuatro musas pero casi. Le salieron corredores de fondo que empuñaban la llama olímpica.» (Traba, 1999: 15-16). A diferencia de sus padres, que chocaron con la realidad nada más tocar el suelo argentino, ella ha llegado a ser una actriz de renombre internacional con un marido poderoso y una vida acomodada.

En su vertiginosa carrera a la cúspide y en toda la vida se ha valido siempre de dos cosas: su oficio de actriz y su oficio de seductora. El empleo continuo de estas dos armas, tradicionalmente consideradas tan «femeninas», su uso a diario en un mundo regido por los varones, las ha convertido en una parte inherente de su proyecto identitario. Parece que ni ella sabría (ni le interesa) actuar de otra manera que desde su posición de diva y mujer atractiva, ni la gente puede percibirla fuera de este halo de éxito que procura desprender siempre. Incluso cuando la falta de noticias de su hijo, posiblemente «desaparecido», la tiene al borde de desmoronamiento definitivo. Así la ve Dolores:

No, ésta no aguantará. ¿O seguirá representando la eterna juventud? Siempre estaba simulando para alguien; ¿no se

había conseguido ahora un marido poderoso? Y con seguridad mantenía su corte de amigos y adoradores. Pero ¿qué remedio le quedaba si tenía un oficio de seductora? Recordó la pasión que sintió al conocerla, no habría querido separarse de ella ni un solo segundo (Traba, 1999: 95).

A diferencia de Dolores, de fama de «lesbiana» por su porte masculino («Sin duda lesbiana. Demasiado empeño en parecer un muchacho», Traba, 1999: 20), Irene actúa según normas preestablecidas sin pararse a cuestionarlas. En su vida privada se casa con un banquero peruano, Antonio, como reconoce ella misma, por el simple hecho de «tener un buen respaldo» y poder dedicarse por completo al teatro (Traba, 1999: 61). También en la vida profesional parece apostar sobre todo por su atractivo físico postergando a un segundo plano su indudable talento artístico y profesionalidad. Cuando llega a Montevideo por invitación de un alto cargo de la universidad para una representación teatral, aparece desplegando todo su potencial seductor: una corta minifalda a juego con tacones altos; vestimenta cuando menos inadecuada, se fija Dolores, no sólo por el frío glacial que hacía sino también por el lugar, «la Escuela, que [...] ya no era el hotel de lujo» (Traba, 1999: 137). Con esta minifalda y estos tacones tendría que correr a la desesperada justo después para salvar su vida de la redada que los militares uruguayos prepararon para los estudiantes manifestados por la muerte de un compañero suyo.

Así como ella cumple ciegamente las normas sociales, así también espera que la sociedad las cumpla para con ella. Ni siquiera admite posibilidad de que la clase media no pueda gozar de sus privilegios especiales. Ahí es también donde se abre la brecha generacional entre su generación y la de Dolores, Victoria o su propio hijo quien, por no tener nombre alguno, se convierte en la sinécdoque de toda la generación joven:

No podía aceptar que el chico pudiera desinteresarse de su carrera y entregarse por completo a la militancia. Oh, no estaba contra él, como tampoco estaba contra Victoria. Sólo que no los entendía. No entendía por qué había que perder el terreno ganado en una sociedad que sólo reconoce a los ganadores. En el caso de Victoria, estaba claro que iba a pura pérdida. ¿Y cómo un perdedor podía hacer la revolución? No encontraba respuesta, nunca encontraba respuesta (Traba, 1999: 83).

Desde esta posición de «ganadora» y creyéndose bajo la égida de su fama, su dinero, su pasaporte peruano y su sexo, hará también frente a aquellos acontecimientos de Montevideo de las que ella fue una partícipe casual. No es la única quien lo cree. Cuando los amigos de Dolores caen presos en casa de Luisa, la habitual tapadera de su actividad militante, la muchacha la tranquiliza diciéndole: «Mejor ir, total con vos se arreglará enseguida» (Traba, 1999: 44). Por eso mismo, la primera reacción de Irene frente a las arbitrariedades de los oficiales militares en las siguientes comisarías es la de furia, incredulidad e impresión de que todo aquello no era sino una trampa en la que se resistía a caer: «Ni siquiera me di vuelta cuando se los llevaron; estaba ahogada en mi orgullo personal, me parecía grotesco que ese pequeño cerdo encaramado detrás del escritorio me tuviera ahí de pie sin dirigirme la palabra.» (Traba, 1999: 47). No se repliega ante el poder. Al contrario, emana seguridad de ciudadana respetable y con derechos que a ratos se confunde con prepotencia de persona importante y con respaldo de gente influyente: «Pulverizaría al cerdo del escritorio. Movería todas sus influencias para reventarlo, liquidarlo, destriparlo» (Traba, 1999: 47-48).

El mismo trato grosero en la siguiente comisaría a la que la llevan, carente no solo de un trato preferencial a la clase burguesa

que acostumbraba recibir, sino de mínimo derecho o sentimiento humano, le producen una sensación de pérdida y desazón. De repente se había desvanecido el mundo de relaciones interhumanas en que sabía ejercer dominio. En su lugar emergía un sistema nuevo, de reglas distintas, orientado claramente a intimidar y anular al individuo. Un mundo en el que ninguna de sus armas valía:

Me di cuenta en ese momento que estaba equivocada de medio a medio. Algo había cambiado de manera radical y comenzaba a percibirlo. Fuera quien fuera, yo no existía para ellos. Mejor dicho; ellos decretaban quién podía existir y quién no (Traba, 1999: 48).

La vestimenta seductora que llevaba sólo se convierte en un motivo más para humillarla: «—Usted es una vieja —apostrofo—, debería darle vergüenza andar enseñando así los muslos.» (Traba, 1999: 52).

El caso extremo de las sociedades bajo regímenes dictatoriales permite ver con claridad meridiana los mecanismos de vulnerabilidad del ciudadano ante el sistema, aunque el propósito de Traba claramente no es limitarlos a un contexto específico. Al contrario, a juzgar por la elusión de datos precisos y la alteración intencionada de la cronología, los hace extensible a todas las sociedades. La experiencia de Montevideo junto con la posterior entrada clandestina en Argentina para apoyar a su amiga Elena tras la «desaparición» de su hija o la manifestación de las Madres en la Plaza de Mayo (experiencias que apelan a su propia maternidad), son estas experiencias límites que despojan al ser humano de su entorno tradicional, rutinario y seguro, para catapultarlo, literalmente, a un medio nuevo, ignoto, a menudo hostil.

En esa corta tarde con Dolores, Irene se dará cuenta de que el poder que creía tener no era sino una pequeña concesión que le

hacían los que realmente ostentaban el poder dentro de los límites establecidos y en función de sus preferencias y placeres. Entenderá lo frágiles que eran las armas de las que disponía, lo ilusorio del poderío que le daban, y, también, que tenían doble filo: De un comentario que una vez Dolores hizo respecto a que ella y Luisa, mujer de su misma edad, diva como ella, se parecían en «el mismo modo de seducir al auditorio», ahora sacará en claro que lo que ella tenía por «ejercicio elegante de pequeñas seducciones», la rebajaba en realidad a categoría de «puras putas; en el fondo puras putas» (Traba, 1999: 41). Sin embargo, lo que más angustia le produce es descubrir que se había volatilizado el sistema cultural que la definía al violarse las bases que lo sustentaban: las figuras otrora sacras de la madre, el sacerdote y la monja (Rossi, 1989; Franco, 1996).

### **EL YO FEMENINO EN LAS ESTRUCTURAS MILITARES: EL SOCIALISMO Y SUS PROMESAS (NICARAGUA 2000)**

Hablando de la modernidad, Giddens siempre ha insistido mucho en el carácter circular de sus procesos. Todas las culturas de todos los tiempos siempre han modificado sus prácticas sociales de acuerdo con la nueva información que iba surgiendo. Sin embargo, apostilla, la modernidad no se alimenta del apetito de lo nuevo como el progreso, sino de su misma naturaleza reflexiva, constante «reflexión sobre la naturaleza de la misma reflexión» (Giddens, 1994: 46). Cuando a los progresivos descubrimientos que nutren estas alteraciones rutinarias se añaden experiencias como las descritas anteriormente, la espiral de conocimiento de Giddens se transforma en poderoso volante de inercia propulsado por el terrorismo del estado difícil de parar.

El vacío de tradiciones en las sociedades afectadas por la violencia corresponde al vacío de los «momentos decisivos» en la vida de un individuo al que Giddens se refiere en su *Modernidad y la identidad*

*del yo* (1997: 182). La incertidumbre ante la insuficiencia de las tradiciones tiene dos efectos principales sobre el individuo. En un primer momento, lo orienta hacia lo familiar y de confianza, como actividades conocidas, creencias preestablecidas o la religión que, por lo menos en América Latina, constituye un importante refugio de la pobreza y el descrédito político, sobre todo desde que la iglesia católica abrazó la teología de la liberación. Luego, al modificar las condiciones habituales de su vida, lo obliga a adquirir nuevas capacidades y destrezas lo cual se proyecta en su conducta futura y, necesariamente, en la identidad de su yo.

En la novela de Traba ambas fases están perfectamente visibles en la conducta de Irene quien, al sentir de cerca los efectos de la dictadura, abandona las grandes escenas para refugiarse en su casa de Montevideo al calor de los objetos cotidianos y para observarse a sí misma. De hecho, su autoexploración está en la base de la narración entrelazándose con reminiscencias del pasado (en un momento dirá: «No conversamos, excavamos», Traba, 1999: 46). La visión de de una trayectoria similar de mujeres en la guerrilla devuelve el testimonio de Gioconda Belli en su *El país bajo mi piel* (2001), así como de muchas otras guerrilleras de diversos países.

Como rememora esta escritora nicaragüense en sus memorias (Belli, 2001: 41, 8), era una adolescente burguesa cuyo interés por el socialismo y revolución se reducía a una caritativa (solidaria) preocupación por los más pobres y una fascinación literaria por la figura de Fidel Castro, típica, por otro lado, para la burguesía norteamericana: «Fidel había sido el primer revolucionario del que tuve noticia en mi vida. Seguí su aventura rebelde como si se tratara de una serie por entregas», incluidos los reportajes de la revista *Life*. Quien la introdujo en el movimiento sandinista fue su amante, el Poeta, y luego su amigo, Martín. La obnubiló con las promesas de un mundo mejor, justicia social y la emancipación de la mujer:

—Eliminar la dictadura es sólo un paso para lograr lo que queremos. Un paso crucial claro, pero de nada serviría si seguimos en la misma situación. Por eso no es un cambio de personas lo que queremos —me decía Martín—. Es un cambio de sistema. Una democracia donde el pueblo sea realmente el dueño de su suerte. No una democracia administrada por los mismos potentados que hasta temen que la gente aprenda a leer porque el conocimiento les daría demasiada autonomía. Por eso una de las primeras cosas que hará la revolución será alfabetizar a los analfabetos. Habría que redistribuir la tierra también, agregaba, la gente necesitaba tierras para trabajar, préstamos, y la mujer tenía que emanciparse para participar junto al hombre en la construcción de tiempos mejores (Belli, 2001 : 37).

Si bien no es un caso frecuente, cierto es que la mayor parte de las mujeres se había vinculado al movimiento revolucionario por medio de su pareja o algún familiar varón suyo; otras por motivos ideológicos o situación económica de la familia. Según las fuentes, en muchos casos la situación de las familias involucradas en la guerrilla era tal, que no tenían recursos suficientes para mantener a sus hijos, por lo cual las niñas de once o doce años se iban a los campamentos para recibir comida y ropa a cambio de trabajo (Vázquez, 1996: 105). Aun aquellas mujeres conscientes de la desigualdad genérica consideraban que no era momento adecuado para «cuestionar las relaciones desiguales entre hombres y mujeres; tampoco vislumbraban que las demandas derivadas de esta desigualdad pudieran tener un lugar en los proyectos de transformación social» (Vázquez, 1996: 35).

Efectivamente, ahora mismo bien se sabe ya que el proyecto revolucionario no tenía en cuenta al individuo en tanto individuo, la

dimensión individual de la realidad social, y menos su diferenciación en sexo/género. Por ende, si contemplaba a las mujeres lo hacía como parte de las masas obreras explotadas, objeto de su ideología, no como colectivo con su propia problemática específica. Ningún programa revolucionario preveía soluciones para la «cuestión femenina» (o cualquier aspecto relacionado con las mujeres), ni tampoco hubo amagos de incluirla en algún momento futuro. Sin embargo, sí hubo cierta promesa de igualdad y trato equitativo también para las mujeres en este gran proyecto generalizador de «hombre nuevo», y fue la que sedujo a multitudes de mujeres, principalmente intelectuales, entre ellas, a M. Traba.

Si bien ilusoria y decepcionante, desempeñó un importante papel en el desarrollo del pensamiento feminista, sobre todo en lo que a la identidad femenina se refiere. Coincidiendo en muchos puntos con Giddens, J. Franco ha señalado varias veces que los fenómenos como crisis económicas, catástrofes naturales, regímenes militares o, en general, conflictos bélicos, siempre han creado oportunidades para las mujeres de asumir un rol propio y proactivo (Gómez, 2005). Son situaciones dramáticas, poco convencionales, que separan a las mujeres de sus espacios tradicionales, obligándolas a incursionar en territorios ajenos, tradicionalmente asignados a los hombres. La desterritorialización, en términos de Deleuze y Guattari, que se produce no solo desestabiliza la división de los roles vigentes en la sociedad patriarcal, sino que también marca nuevos hitos en la concienciación femenina (Franco, 1988 : 513). En todo caso, supone una verdadera revolución cultural ya que la volatilización de la secular bipolaridad del orden cultural altera de forma notoria este, en palabras de Bauman (2007: 90 y ss), «instrumento homeostático que permite la monótona reproducción de la realidad social».

Ya el solo hecho de que se provea a las mujeres de armamento constituye el ejemplo máximo de la desterritorialización de la que

habla Franco. El arma borra de inmediato la frontera entre su eterna función reproductiva –ser que da la vida– y Tánatos, dios griego que quita la vida –función desde siempre atribuida a los hombres–. Sin embargo, como parece demostrar la literatura sobre el tema, por muy radical que sea la alteración de los roles, no surte efectos hasta que no se efectúa un alto para darse cuenta de la nueva posición del individuo. Este espacio para reflexión mencionado por Giddens (1997: 182), crucial para la identidad del yo, puede tomar diversas formas: diálogo con amigas, exilio, estancias en las cárceles, tortura, etcétera.<sup>11</sup>

En el caso de Belli se podrían señalar dos, por lo menos, momentos que marcaron puntos de inflexión en su vida. El primero fue seguramente el enfrentamiento a su propia clase social, la burguesía, que le supuso la participación directa y colaboración clandestina

---

<sup>11</sup> Hay muchos testimonios de guerrilleras que iniciaron la construcción consciente de su yo en las cárceles, como por ejemplo las protagonistas del estudio de T. Vidaurrázaga (2005: 185-187) sobre tres militantes del MIR chileno. El tiempo pasado en Tres Álamos y Coronel les sirvió para adquirir conciencia de su propia subordinación y dependencia mediante la lectura de las principales pensadoras feministas y, a partir de ahí, para tomar medidas oportunas para el esperado cambio (inclusión de la problemática femenina en el programa revolucionario). Como testimonian, no eran conscientes de su propia sexualidad hasta su militancia y la tortura. Los prejuicios sociales hacia las mujeres militantes conciernen principalmente a su función materna: «No cumplir con el prototipo implicaba [...] ser calificadas de putas, frustradas o desnaturalizadas, sufriendo así un tipo de tortura psicológica suplementaria a la que sufrían sus compañeros de partido, sólo por el hecho de ser mujeres» (167). Especialmente relevantes resulta el siguiente testimonio: «me pegaron por puta. Me pegaron por dejar a mi hijo botado, me pegaron por meterme en cuestiones de hombre. A un hombre no le pegan por andar en cuestiones de hombre, tampoco por dejar un hijo botado, ni por puto. Entonces hay una serie de cosas diferentes, y es más difícil» (176).

con el sandinismo y, por ende, con la condición de la abrumadora mayoría de los nicaragüenses. El darse cuenta de la distancia abismal entre las dos realidades, pone en marcha los mecanismos de individualización, de indagación en sí misma con el resto de la población como punto de referencia. A lo largo de su libro, Belli muchas veces apunta que «Me haría bien, pensé, sentir en carne propia lo que significa la vulnerabilidad de la mayoría de mis conciudadanos», aunque tampoco termina de renegar del «dulce encanto de la burguesía» (Belli, 2001: 56 -50).

El otro punto de inflexión lo establece el conflicto con los compañeros de militancia a raíz de su relación con un corresponsal estadounidense, Carlos. El especial vínculo que tiene con su prima Pía, construido a base de experiencias compartidas («muchas muertes, separaciones y también alegrías», Belli, 2001: 70), su empatía, le ayuda a superar los siguientes hitos en el desarrollo de su proyecto identitario como mujer. Es la solidaridad femenina que le hace ver y superar las secuelas de su condición de la mujer en una comunidad atravesada transversalmente por las relaciones de poder mientras proclama la necesidad de la emancipación de la mujer para la construcción de tiempos mejores a la par con el hombre (Belli, 2001: 37).

Lo que pasa es que son unos machistas empedernidos. Ellos pueden hacer lo que quieran, pero que Dios nos guarde si nos atrevemos a hacer lo mismo. Me quedé mirándola avergonzada de que no se me hubiera ocurrido a mí, que militaba activamente en las luchas feministas, ver las cosas desde esa perspectiva. Pía tenía razón. Yo había respondido de manera tradicional asumiendo sin rechistar el prejuicio engendrado desde que Adán mordió la manzana. ¡Vivan las mujeres!, pensé. Sólo juntas podíamos evitar que las

nociones masculinas del deber, de lo que era incorrecto o correcto, nos nublaran el entendimiento. No podía pasarse por alto que el poder –aun el revolucionario– era un oficio hecho a la medida de los hombres (Belli, 2001: 70).

Todo el libro constituye un testimonio del progresivo despertar de la identidad femenina de la autora y de las mujeres de su alrededor. Nuevamente estamos ante una autoexploración, esta vez mediante escritura, que sigue el lento pero irreversible proceso de transformación de una representante adolescente de la burguesía, mujer destinada a la vida conyugal acorde a los códigos de su clase, en una joven que, asfixiada por lo mismos, se embarca en la arriesgada aventura de la militancia. En este intersticio entre dos estilos de vida, se convierte finalmente en una mujer que de forma consciente desempeña sus funciones maternas y políticas, que está dispuesta a sacrificar su vida por sus convicciones, sus principios y también sus deseos. En definitiva, en una mujer que logra elevarse por encima de los mecanismos encubiertos del sistema cultural –en especial de la dependencia afectiva de los hombres– y adueñarse de su propia identidad:

Fue en ese viaje donde al fin comprendí que mi amor por [Modesto] me consumía como una fiebre. Si no lograba sacarlo de mi cuerpo, mi identidad ardería sin remedio. [...] No sabía estar sola. Me había arriesgado a las balas, a la muerte, traficado con armas, [...], tantas cosas, pero no sabía cómo era la vida sin que la ocupara el pensamiento de un hombre, el amor de un hombre. No sabía quién era realmente yo sin la referencia de alguien que me nombra- ra y me hiciera existir con su amor. No iba a renegar de los hombres, pero ya no quería depender afectivamente

de ellos o dotarles de un poder de vida o muerte sobre mí. Me obligué a mirar mi interior para descubrir sus vulnerabilidades: mi necesidad de amor como reflejo de una carencia esencial que asociaba en demasía mi poder femenino con la sexualidad, la seducción y pasaba por alto y hasta menospreciaba mis otros dones (Belli, 2001: 197-198).

## **CONCLUSIONES: EL YO FEMENINO EN LAS NUEVAS DEMOCRACIAS HISPANOAMERICANAS (CHILE 2005)**

Sin embargo, la implantación de la democracia no equivale a una reforma automática del sistema legal y social que permitiera la presencia femenina en la esfera pública como algo natural. La disposición y entrega de las mujeres no se tradujo en un liderazgo político o militar, no se reflejó en una distribución equitativa de los puestos importantes en estas estructuras. Bajo los gobiernos revolucionarios éstos siguen siendo reservados en gran medida para sus compañeros varones. Es una acusación que levantan la mayor parte de los estudios sobre la situación de las guerrilleras o mujeres vinculadas a la guerrilla una vez concluida la revolución, entre otros, el ya mencionado estudio coordinado por Vázquez (1996)<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Los testimonios de las militantes salvadoreñas del libro de Vázquez van mucho más lejos. Según sus palabras, la mayor parte se quedaron sin medios para sobrevivir una vez concluida la guerra. Más, «en la ejecución del Programa de Transferencia de Tierras muchas tenedoras no fueron reconocidas como tales y no tuvieron acceso individual a la tierra repartida» ya que la definición de tenedor «abarcaba únicamente al jefe de familia», por lo cual «las comisiones zonales del FMLN excluyeron de los listados de beneficiarios a gran cantidad de mujeres acompañadas o casadas» (Vázquez et al., 1996: 51-52).

Es también la denuncia que formula la novela de Manuela Gumucio, *Once mil vírgenes*, aparecida en 2005. Si bien no es autobiográfica, sí contiene muchas reminiscencias a la vida de la autora chilena, sobre todo en lo relativo a la militancia de la protagonista principal, Beatriz. Como ella, Gumucio militó activamente en el Movimiento chileno de Izquierda Revolucionaria (MIR) y tuvo una relación con uno de los fundadores del mismo, Miguel Enríquez (en la novela con el nombre de Bernardo, asesinado en los primeros días de la dictadura). Actualmente se la conoce básicamente como la pareja del líder del MIR y madre del hijo nacido de esta relación, Marco Enríquez-Ominami, hoy un famoso político.

Beatriz, el álgter ego de esta novelista y periodista chilena, se unió al movimiento tras la previa superación de todas las etapas correspondientes: primero la «categoría de simpatizante y aspirante» y luego «un examen sobre *El estado y la revolución*, la Biblia leninista» (Gumucio, 2005: 76-77). La realidad que vive a la vuelta a la democracia, sin embargo, le lleva a reconocer penosamente que

Las mujeres en Chile jugaban en una liga diferente, a pesar de todas las hazañas que muchas habían protagonizado, a la par con los hombres, en los tiempos de la resistencia. Ellas [...] se reunían para reclamar mínimos espacios en los partidos. Sólo traspasaban el cerco las mujeres que se mostraban admiradoras de los que ostentaban el poder y las poco contrariantes, palabra francesa que no existe en castellano pero que es muy expresiva [...]. ¿Cómo se explicaba esta regresión en tiempos de paz? ¿Por qué de iguales, en las épocas en que se trataba de arriesgar la vida, pasaban a ser inferiores en los tiempos de paz? (Gumucio, 2005: 55).

La experiencia individual de Beatriz demuestra que el nuevo modelo femenino, alterado en los procesos militares de la modernidad tardía, no se adaptó fácilmente en las sociedades hispanoamericanas, como la chilena. Al contrario, éstas se muestran bastante reacias a incluir a las mujeres en calidad de socios iguales. Su denuncia muestra una clara tendencia de la parte dominante de la sociedad a devolver, en la medida de lo posible, el orden cultural al estado anterior de las cosas. En la vida personal, Beatriz queda relegada nuevamente al espacio de la casa por un marido, antes compañero de lucha, ahora eminente médico y político, siempre ausente a causa de su brillante carrera profesional. La regresión es incluso mayor en el plano profesional de su vida. El silencio impuesto (también por la «ley del olvido») le quita el derecho de voz que acababa de conquistar con la revolución. Así como Sor Juana en su célebre *Respuesta* de 1691 denunciaba aquella amonestación de San Pablo: «*Mulieres in Ecclesia taceant*», así ella denuncia la fórmula del redactor del periódico en que trabaja (y su amigo):

Tu documental sobre la violencia doméstica es un horror, pasado de moda, sin interés». A lo que ella replica : «Puede ser, pero tiene su valor porque tú sabes bien que es difícilísimo encontrar mujeres que acepten hablar. Las odian los familiares. Se transforman en unas deladoras y, además, les vuelven a pegar por decir justamente que les pegan (Gumucio, 2005: 109).

Ello no quiere decir que las nuevas subjetividades no hayan permeado en las estructuras sociales. Pensar que se podrían mantener rígidas sería negar la idea misma del progreso, si bien cierto es que no en todas partes ni en todos los estamentos sociales estos procesos se desarrollan al mismo ritmo. En algunos casos se ralentizan o se

cambian las estrategias para mantener el control del cuerpo social (Bauman, 2007: 156-157). Lo que no se puede poner en duda es que el mínimo cambio producido en la sociedad queda registrado por el individuo como una huella en su consciente o su inconsciente. Más si los movimientos sociales como el feminismo, desde siempre atento a toda transformación en los elementos constitutivos de la subjetividad femenina, los intercepta de inmediato para vehicular sus propias propuestas ideológicas: cuestionar las relaciones de género y, por ende, volver reflejo toda identidad del yo (Giddens 1994:151).

Bien lo ilustra el sobrepeso de Beatriz<sup>13</sup>. El rechazo a su posición secundaria en la sociedad chilena democrática, aflora en la superficie de su piel en forma de esta anomalía que ella, en un principio, relaciona con la crisis por la que pasa su matrimonio con Mario. Aun cuando ella no se da cuenta, su inconsciente somatiza el conflicto existente entre los modelos femeninos tradicionales y la imperiosa necesidad que siente de construir su propia identidad, de concebirse como un ente singular e independiente de la identidad masculina. Su anomalía es el resultado de exceso, exceso de voluntad de acción que tiene en una sociedad que nuevamente la ha encerrado en el espacio de pasividad y silencio (que en otro nivel de lectura se entenderían en términos de inacción política impuesta y, por ende, igual de traumática).

En este sentido, la novela se corresponde plenamente con los resultados de los estudios en otros campos de saber, como sociología

---

<sup>13</sup> La novela no le granjeó muchas simpatías a esta escritora chilena, como se deduce de la opinión de su paisano, escritor también, Omar Pérez Santiago, «Gorda infeliz. Novela de Manuela Gumucio» (<http://letras.s5.com/op100709.html> [1.03.2012]). Esa recepción tan negativa de la novela poco tiene que ver con sus valores, debiéndose claramente a la ineficiente interpretación y el desconocimiento de las estrategias discursivas de las escritoras hispanoamericanas por parte del escritor.

o psicología. En ambos se insiste en el conflicto como la lucha entre una identidad impuesta y otra que se niega a aceptar los modelos tradicionales, acorde a la teoría freudiana del deseo inconsciente y la represión. Desde el campo de sociología se advierte además de las fricciones que se producen en la línea entre la *posibilidad nominal* que tienen las mujeres de «elegir entre una gran variedad de oportunidades» y la *posibilidad real* que, en una cultura masculina se traduce en que muchas de esas vías están cerradas. «Más aún, para lograr las realmente existentes, las mujeres deben abandonar su identidad anterior, “prefijada”, más radicalmente que los hombres», por lo cual esta empresa en el caso de las mujeres es mucho más contradictoria y arriesgada (Giddens, 1997: 137).

La anomalía de Beatriz así como las demás conductas desviadas y enfermedades presentes en otras obras de autoras hispanoamericanas, son testimonio de nuevas identidades nacientes y su fallida adaptación en las realidades posmilitares. Son también expresión de la permanencia de los viejos conflictos identitarios irresueltos y unos nuevos que llegan con los aires de la modernidad tardía.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Z. (2007), *Phynne życie*, Kraków, Wydawnictwo Literackie.
- BELLI, G. (2001), *El país bajo mi piel*, Barcelona, Plaza & Janes Editores.
- BURGOS, E. (1995), *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Barcelona, Seix Barral.
- CASTRO-KLARÉN, S. (1984), “La crítica literaria feminista y la escritora en América Latina”, en P. E. González y E. Ortega (ed.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras (Puerto Rico), Ediciones Huracán, pp. 27-46.

- CORNEJO POLAR, A. (1994), “Aves sin nido como alegoría nacional”, Prólogo en C. Matto de Turner, *Aves sin nido*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. IX-XXVI.
- FANJUL, S. C. (2012), “Prostitutas de novela”, *El País* Sección Cultura, URL [http://cultura.elpais.com/cultura/2012/04/03/actualidad/1333435247\\_518080.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2012/04/03/actualidad/1333435247_518080.html) [28.07.2012].
- FRANCO, J. (1988), “Beyond Ethnocentrism: Gender, Power, and the Third-World Intelligentsia”, en C. Nelson y L. Grossberg, *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, pp. 503-515.
- FRANCO, J. (1996), *Marcar diferencias, cruzar fronteras*, Santiago de Chile, Cuarto Propio.
- GIDDENS, A. (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial.
- GIDDENS, A. (1997), *Modernidad y la identidad del yo*, Barcelona, Ed. Península.
- GOMEZ MADRID, B. (2005), “Las relaciones de poder en *Cambio de armas* de Luisa Valenzuela”, *Alba de América*, 24, 45-46, pp. 233-247.
- GUMUCIO, M. (2005), *Once mil vírgenes*, Santiago de Chile, Alfaguara.
- LAGOS, M. I. (2002), “Sujeto mujer y gobierno militar en *Conversación al sur* de Marta Traba”, en A. Pizarro (comp.), *Las grietas del proceso civilizatorio: Marta Traba en los sesenta*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, pp. 53-70.
- MEDEIROS-LICHEM, M. T. (2006), *La voz femenina en la narrativa latinoamericana: Una relectura crítica*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.
- PÉREZ RIVERA, H. E. (2007), *El tránsito hacia el Estado nacional en América Latina en el siglo XIX: Argentina, México y Colombia*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia.

- PFOH, E. (2005), "Formación del estado nacional en América Latina y la cuestión del clientelismo político», *La Revista de Historia de América*, 136, pp. 129-150.
- PICON GARFIELD, E. (1992), "Tortura y auto-conocimiento en dos novelas argentinas: *La última conquista de El Ángel* de Elvira Orphee y *Conversación al sur de Marta Traba*", en L. Charnon-Deutsch (ed.), *Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat-Rivers*, Madrid, Castalia, pp. 254-267.
- PIZARRO, A. (2002), *Las grietas del proceso civilizatorio: Marta Traba en los sesenta*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- PONIATOWSKA, E. (1985), "Marta Traba o el salto al vacío", *Revista Iberoamericana*, 51, 132-133, pp. 883-897.
- ROSSI, L. (1989), "¿Cómo pensar a las Madres de Plaza de Mayo?", *Nuevo Texto Crítico*, 2, 4, pp. 145-153.
- SCOUT, N. M. (1992), "La presencia de Sor Juana en la obra de Rosario Castellanos", en Lou Charnon-Deutsch (ed.), *Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat-Rivers*, Madrid, Castalia, pp. 285-293.
- TRABA, M. (1999), *Conversación al sur*, México, Siglo Veintiuno Editores.
- VÁZQUEZ, N. et al. (1996), *Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, Madryt, Horas y Horas Editorial.
- VERLICHAK, V. (2001), *Marta Traba. Una terquedad furibunda*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero y Fundación Proa.
- VIDAURRÁZAGA ARÁNGUIZ, T. (2005), *Mujeres en Rojo y Negro. Reconstrucción de memoria de tres mujeres miristas. 1971-1990*, Santiago de Chile.
- VIEZZER, M. (1977), «*Si me permiten hablar...*», *testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo Veintiuno.